

EL FENOMENO MEGALITICO EN EL S.O. DE LA REGION DEL DUERO

Manuel Santonja *

Desarrollo de las investigaciones

Las penillanuras que se extienden por el centro y el oeste de Salamanca y por el sur de Zamora, presentan una densidad de construcciones dolménicas que, aunque inferior a la de gran parte de la región atlántica ibérica, contrasta fuertemente con la casi total ausencia de estos monumentos observada en el territorio de la Submeseta norte circundante, lo cual autoriza en principio un análisis conjunto circunscrito a aquel ámbito — de límites geográficos imprecisos —, ampliable quizás, o conectado, a la inmediata Beira Alta portuguesa.

La mayoría de los dólmenes salmantinos y zamoranos fueron dados a conocer por el P. César Morán, quien entre 1912 y 1941 recorrió con escasos medios y gran entusiasmo estas comarcas, divulgando sus descubrimientos en varias publicaciones (1) que han constituido la base de casi todas las síntesis elaboradas hasta la fecha. No hay que olvidar tampoco la labor preliminar realizada a principios de siglo por el Prof. D. Manuel Gómez Moreno (2), mentor posteriormente de César Morán. Toda la información reunida hasta 1956 fue ordenada por J. Maluquer (3), que integró por primera vez las manifestaciones locales del megalitismo en una sistematización regional de las etapas prehistóricas.

Al medio centenar de megalitos mencionados por Morán fueron sumándose otros descubiertos posteriormente, que no es imprescindible mencionar con detalle en esta ocasión (4), hasta alcanzar los más de setenta conocidos en la actualidad. Sin embargo no debiera tomarse esta cifra como cuantificación aproximada, al menos en tanto las exploraciones no hayan alcanzado mayor desarrollo, ya que la pesquisa de Morán, desde luego la más completa hasta la fecha, no pudo realizarse de manera sistemática y en absoluto alcanzó la totalidad del territorio considerado.

La representatividad que puede otorgarse a los ajuares que dio a conocer Morán es aún menor. Resultan incluso triviales, a juzgar por los recuperados en las excavaciones recientes (5). Tampoco resulta muy consistente la documentación que llegó a publicar sobre la organización arquitectónica, ya que se trata esencialmente de croquis muy simplificados de las estructuras y con posterioridad no han sido muchas las plantas dadas a conocer. Estas son las causas principales que parecen haber contribuido a formar la imagen de pobreza y retraso cultural que habitualmente se refleja en las síntesis generales al valorar el fenómeno megalítico salmantino y zamorano. Pero la pretendida homogeneidad constructiva,

* Museo de Salamanca. España

(1) Las principales publicaciones de C. Morán sobre este tema son: *Excavaciones en los dólmenes de Salamanca* (Mem. n.º 113 de la J.S.E.A.), Madrid, 1931; *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y Zamora* (Mem. n.º 135 de la J.S.E.A.), Madrid, 1935; Los dólmenes de Salamanca, *Rev. Las Ciencias*, año IV, vol. 4, Madrid, 1939. Otros datos de interés no recogidos en las anteriores publicaciones, aparecen en «Primeras manifestaciones de cultura salmantina», *Bol. de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, Santander, 1945 y en *Reseña histórico-artística de la provincia de Salamanca*, (Acta Salmanticensia, tomo II, n.º 1), Salamanca, 1946.

(2) Don Manuel Gómez Moreno efectuó en 1901 la toma de datos necesaria para redactar el «Catálogo Monumental de la provincia de Salamanca» — no editado hasta 1967 por el Ministerio de Educación y Ciencia —, donde recogió dólmenes de Lumbrales (Navalito, Prado de Polo y Prado de los Hitos), Villar de Argañan (Hurtada y Gallimazo), Villasdardo, Traguntía y San Benito de la Valmuza.

(3) Maluquer, J.: *Carta arqueológica de España: Salamanca*, Servicio de Investigaciones Arqueológicas. Diputación Provincial, Salamanca, 1956.

(4) Referencias de interés se recogen en G. y V. Leisner: *Die Megalithgraber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*, Deutsches Arch. Inst., (Madrider Forschungen, Band I, 1 y 2), 1956. V. Leisner y H. Schubart: Dólmenes de Ciudad Rodrigo, *Zephyrus* XV, pp. 47-60, Salamanca 1964, aportan nuevos datos sobre megalitos de ese término y G. Gally: Steinkisten von Salvatierra de Tormes (Salamanca), *Madrider Mitteilungen*, 11, pp. 75-90, fundamentalmente el plano del túmulo, cámara y corredor del sepulcro del Prado de la Nava. Posteriormente hay que mencionar la síntesis de G. Delibes de Castro: *El Bronce inicial en la Meseta norte Española*, Tesis doctoral, Valladolid, 1975; también la publicación de un nuevo megalito situado en Fuenteguinaldo (Duque, J. M.^a y Cerrillo, J.: El dolmen de la Huerta de las Animas en Fuenteguinaldo-Salamanca —, *Zephyrus* XXX-XXXI, pp. 247-248, Salamanca, 1980) y el análisis global de los aspectos arquitectónicos más destacados: López Plaza, S.: *Aspectos arquitectónicos de los sepulcros megalíticos de las provincias de Salamanca y Zamora*, Ed. Universidad de Salamanca, 1982, donde se dan a conocer dos nuevos dólmenes — los de Hondura y Villavieja de Yeltes — y se aportan por primera vez datos del de Villarmayor.

(5) El Museo de Salamanca ha realizado excavaciones en los túmulos dolménicos de Galisncho y La Veguilla en los años 1981, 1982, y 1983. Con anterioridad — en 1971 — se excavó el de Villarmayor por un equipo del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Salamanca, que actualmente excava otros túmulos próximos a aquel, hacia La Mata de Ledesma.

los esquilmados ajuares y la cronología avanzada, parecen menos reales que consecuencia de la deficiente información, como intentaremos exponer en las siguientes líneas.

El medio físico

Aunque la carencia de datos pertinentes impide hablar del paisaje en que se integraban las manifestaciones megalíticas de la comarca, sí pueden concretarse los rasgos fisiográficos más destacados y significativos habituales en sus emplazamientos.

Aparentemente existe una fuerte vinculación entre dispersión y geología, puesto que todos los ejemplares conocidos se levantan en la penillanura no recubierta por sedimentos terciarios, con la única excepción del de Jemingómez, al oriente del Tormes, que se asienta sobre terrenos miocenos.

En principio cabría atribuir una geografía tan concreta precisamente a la litología del *sustrato*, dada la falta de material constructivo adecuado fuera del ámbito paleozoico. Sin embargo en repetidas ocasiones se ha comprobado como las rocas empleadas fueron movilizadas incluso varios kilómetros — Galisancho es un caso contrastado —, con lo cual no se explicaría la casi total ausencia de megalitos en la periferia de dicho terreno, hasta donde igualmente se pudo transportar la materia prima necesaria, si aquella fuera la causa real.

El conocimiento de la naturaleza social y económica de los grupos megalíticos locales, así como de las corrientes culturales que les alcanzaban, permitirán probablemente conocer las claves fundamentales para comprender la distribución observada. En este sentido es notorio que la zona aparentemente colonizada (6) abarca en esencia los tramos inferiores de los valles, lo cual inclina a considerar la existencia de una elección basada primordialmente en la potencial riqueza agropecuaria del suelo, con un reparto espacial aparentemente determinado por la red fluvial, la cual en esos momentos pudo constituir el conjunto de rutas más practicable disponible, que en consecuencia canalizaría los movimientos de los grupos humanos (7).

Dentro del ámbito de fondo de valle señalado, se escogió habitualmente un emplazamiento muy visible para erigir los megalitos — rasgo que parece constante allí donde existen —, de manera que sin duda constituyeron un elemento destacado del paisaje. En Salamanca con frecuencia se fundaron en el borde de la primera terraza escarpada sobre la vega, precisamente en puntos bien visibles desde ella.

Entre los dolmenes conocidos en esta región fuera de los valles, hay que señalar los de Terradillos, Coto Alto, Hurtada y el muy dudoso de Las Eras del Sierro, en Retortillo, inmediatos a antiguos caminos, en collados y claramente observables a distancia. No se ha registrado por el momento ninguna dicotomía entre dólmenes de valle y de montaña, como ocurre en otras regiones (8), quizás también porque este último apelativo resulta inaplicable en nuestro caso, al no existir ningún ejemplo conocido en la zona propiamente montañosa del sur.

Resta subrayar la frecuencia con que aparecen megalitos agrupados. Las prospecciones recientes han permitido registrar los casos de La Veguilla (restos de tres y otro más totalmente desaparecido), Los Huelmos (dos), Castillejo-La Vega (cuatro) y San Benito de La Valmuza (dos), que deben unirse a los casos conocidos desde hace tiempo de Salvatierra, Fresno Alhándiga, Lumbrales, Fuenteliente, Ciudad Rodrigo, Hurtada, Traguntía y Robliza de Cojos. La distancia que separa unos túmulos de otros llega a ser en Los Huelmos, La Veguilla, San Benito y Hurtada, de escasas decenas de metros, y de en torno al centenar en los otros.

Características arquitectónicas

El examen de los restos a que se refiere Morán en sus publicaciones y la información obtenida en las excavaciones recientes de los túmulos de Galisancho y La Veguilla, permiten vislumbrar la diversidad estructural de las manifestaciones megalíticas de esta región, a pesar de la opinión hasta ahora generalizada según la cual corresponderían casi totalmente a un modelo estereotipado de sepulcro de corredor con cámara circular, limitando la variabilidad poco menos que a la longitud del corredor y al tamaño de sus losas en relación con las de la cámara. Actualmente hay elementos suficientes para proponer una realidad más compleja, como intentaremos brevemente justificar.

(6) Recientemente, al realizar el trabajo de campo preciso para efectuar la catalogación general de los megalitos salmantinos, hemos registrado la existencia de difusas áreas de asentamiento en los alrededores de varios de ellos, concretamente en la vega del Tormes en torno a Salvatierra y entre Galisancho y Ejeme.

(7) En muchas regiones se ha señalado la fuerte relación entre los caminos antiguos y la dispersión dolménica. Un análisis característico de esta asociación en Germond, G., 1980: *Inventaire des Mégalithes de la France. 6: Deux Sevres*, C.N.R.S., Paris, pp. 207-210.

(8) Apellaniz, J. M., 1974: El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco, *Est. de Arq. Alavesa*, vol. 7, p. 378.

ASPECTO EXTERIOR: la casi totalidad de los monumentos conocidos conservan restos más o menos importantes del túmulo, de planta siempre tendente a circular, que les recubriría totalmente. Es verosímil suponer su desaparición en los que no se observa, habiéndole poseído todos en un principio.

Las dimensiones de los túmulos varían considerablemente. En doce de los treinta y uno sobre los que se ha podido calibrar de manera aceptable, el diámetro mayor supera los treinta metros, mientras en catorce está comprendido entre 20 y 30 m. En franco contraste se han señalado al menos tres casos con un túmulo de muy reducidas dimensiones — no atribuibles a degradación moderna —, en torno a 15 m de eje mayor y con alturas inferiores a 1 m, claramente diferenciadas de las del grupo anterior. La monumentalidad de algunos de los primeros es notoria, pues existen túmulos con diámetros actuales superiores a cincuenta metros y más de cuatro de altura. Ambos grupos dimensionales de túmulos debieron albergar estructuras interiores, radicalmente diferentes, aunque por ahora se desconocen con seguridad las de los menores.

Durante el tiempo de uso hay que suponer tamaños aún mayores para estos túmulos, incluso algún metro más de altura, correspondiente al relleno que colmata las cámaras — cuando no han sido vaciadas — desde el hundimiento de las cubiertas. La silueta en artesa invertida que actualmente ofrecen, claramente relacionada con el topónimo *teriñuelo* con que se les suele denominar popularmente en estas tierras, no corresponde exactamente con la que primitivamente presentarían.

En ningún caso se ha constatado con claridad la existencia de plataformas o cualquier otra construcción artificial alrededor de los túmulos si bien indicios de un recinto oval de características indeterminadas — en cuyo centro se sitúa el sepulcro — puede apreciarse en foto aérea en torno al de Terradillos ⁽⁹⁾.

ESTRUCTURA INTERIOR: en la mayor parte de los casos la documentación disponible no basta para concretar las características internas del monumento. Los croquis realizados por Morán se referían exclusivamente a las plantas de cámaras y corredores, pero se trata de diseños idealizados, excesivamente geométricos.

Cierto es que buena parte de los ejemplos conocidos pueden integrarse en primera aproximación dentro del modelo general de los sepulcros de corredor; pero no hay que olvidar la existencia de pequeñas cámaras cerradas, ni tampoco de otros elementos — incluso constructivos — que introducen matices tipológicos relevantes.

Se conocen varios ejemplos de cámaras sin corredor en el término municipal de Ciudad Rodrigo. Rabida I, en la dehesa de tal nombre, ofrece restos de una cámara de tendencia rectangular (Est. I, 2) sin que se observen huellas netas de corredor ⁽¹⁰⁾. En sus inmediaciones se construyó otra pequeña cámara, ya en la dehesa de Pedro Toro ⁽¹¹⁾, de contorno circular, formada por diez pequeñas lajas que no sobresalen del suelo, sin ningún indicio de corredor (Est. I, 1).

En las inmediaciones del dolmen de El Valle ⁽¹²⁾, también en las cercanías de Ciudad Rodrigo, se señaló la existencia de dos pequeñas construcciones similares a las anteriores, dadas por desaparecidas posteriormente; sin embargo al menos una — El Valle II — subsiste a sólo 25 metros de aquel. Se aprecian perfectamente en ella dos lados de una cámara rectangular de aproximadamente dos metros de longitud, también desprovista de corredor (Est. I, 3), formada por lajas de escasa altura, en torno a 80 cms.

Si bien en ninguno de los tres casos que acabamos de mencionar se observan indicios claros de túmulo, las dimensiones de estas cámaras, que apenas sobresalen del suelo, invitan a ponerlas en relación con los túmulos de reducidas dimensiones aludidos en el apartado anterior. Concretamente con los de La Ermita de la Vega-II (Castraz), con 16 m. diámetro y 50 cm. de altura máxima sobre el terreno circundante, el de Carrascalino (Galindo y Perahuy), con 16 m. de diámetro y 1 m. de altura y el de Castillejo II (Martín de Yeltes), con poco más de 12 m. y 0,6 m. respectivamente ⁽¹³⁾. En ninguno de los tres afloran restos que permitan conocer la configuración de la cámara, incluso tampoco si existe o no, así que habrá que esperar los resultados de sus excavaciones.

Buena parte de los restos conservados exigirían una profunda limpieza para conocer datos precisos relativos a la organización interna de los sepulcros. Otros están tan degradados que posiblemente no pudiera obtenerse de ellos casi ninguna información de interés, si bien el caso del dolmen de La Veguilla

⁽⁹⁾ Esta apreciación se efectuó en los fotogramas n.ºs 40142 y 40143 del mapa aéreo de España del Servicio Geográfico del Ejército (vuelo de 1957). No pudimos acusar en superficie ninguna evidencia del mismo.

⁽¹⁰⁾ Vid. Leisner, V. y H. Schubart, 1964 — o.c. —, pp. 47-48, 53 y 55-56. Parece ser que este dolmen se asienta sobre un túmulo artificial de considerables proporciones.

⁽¹¹⁾ Morán, C., 1926: *Prehistoria de Salamanca*, Imp. de la Universidad, p. 23, Coimbra. Leisner, V. y Schubart, H., 1964 — o.c. —, p. 50 y 55.

⁽¹²⁾ Morán, C., 1926 — o.c. — p. 22; Morán, C. 1931 — o.c. —, pags. 38-40; Morán, C., 1939 — o.c. —, p. 4; Maluquer, J., 1956 — o.c. —, p. 60; Leisner, V. y H. Schubart, 1964 — o.c. —, pp. 50-51, 53, 54 y 55.

⁽¹³⁾ El túmulo de Castillejo II está recogido en Delibes, 1975 — o.c. —, p. 45. Los dos restantes, aún inéditos, se incluyen en el *Inventario* realizado en los últimos años en el Museo de Salamanca, cuya edición se prepara actualmente.

— que Morán dió por desaparecido y cuya planta sin embargo ha podido ser reconocida en las excavaciones recientemente practicadas (Est. II, 2), que igualmente han permitido recuperar un extenso ajuar — deja albergar fundadas esperanzas del estudio profundo de todos estos restos.

Las estructuras observables más completas constan al menos de una cámara de contorno siempre tendente a circular, suboval a veces, otras ligeramente poligonal, pero sin que a nuestro juicio pueda concederse valor tipológico a estos factores, que parecen muy circunstanciales. Ocupan una posición aproximadamente central en el túmulo y están formadas por losas de tamaños similares, raras veces de más de 2,5 m de altura, sin que este clara la existencia lajas de cabecera diferenciadas. Las prolonga un corredor de acceso orientado hacia el S.E. Veamos algunas cifras relativas a los casos mejor conservados:

LOCALIDAD	DIAMETRO MAYOR DE LA CAMARA	LONGITUD DEL CORREDOR	ORIENTACION DEL CORREDOR	FUENTE
La Veguilla	5 m.	> 7 m.	118° N.M.	Observación personal
Aldavieja	4,4 m.	?	130° N.M.	O.p.
Castro Enriquez	c 4 m.	?	130° N.M.	O.p.
Hondura	c 3 m.	?	hacia el S.E.	O.p.
Ermita de la Vega I	c 2 m.	> 6 m.	140° N.M.	O.p.
Rabida II	c 3 m.	> 5 m.	138° N.M.	O.p.
Zafrón	4,9 m.	?	hacia E.S.E.	O.p.
San Benito de la Valmuza	4,9 m.	c 14 m.	130° N.M.	O.p.
Galisancho	3,5 m.	> 6 m.	132° N.M.	O.p.
Muélledes	3,3 m.	> 6 m.	120° N.M.	O.p.
Lumbrales, Navalito	3,5 m.	> 4,7 m.	119° N.M.	Gómez Moreno 1967 (datos de 1901)
Castillejo I	2,5 m.	> 6 m.	133° N.M.	O.p.
Linejo	3 m.	?	120° N.M.	O.p.
Torreçilla Malcantada	c 5 m.	?	hacia el E.	O.p.
Traguntia I	c 4 m.	?	?	O.p.
Santa Teresa I	c 4,8 m.	> 2,5 m.	?	Morán 1935
Salvatierra, Prado Nuevo	4 m.	> 8 m.	110° N.M.	O.p.
Salvatierra, Prado Nava	4,6 m.	> 7 m.	130° N.M.	O.p.
Hurtada I	c 4 m.	?	hacia el E.	Gómez Moreno 1967 (datos de 1901)
Sahelicejos	4,8 m.	> 5,5 m.	120° N.M.	O.p.
Villarmayor	5 m.	> 12,5 m.	127° N.M.	O.p.
Villasdardo	c 5 m.	> 7 m.	124° N.M.	O.p.
Villavieja de Yeltes	?	10 m.	174° N.M.	O.p.

Las dimensiones comprobadas del diámetro mayor de las cámaras oscilan entre 2,5 y algo más de cinco metros, si bien parecen agruparse en dos modas claras en torno a tres y a cinco metros. Precisamente el conjunto de menor tamaño corresponde a los monumentos mejor conservados, que son además los que presentan cámaras más perfectamente circulares y formadas por bloques mejor escuadrados y ajustados entre sí — casos de Muélledes (Est. IV, 2) y Castillejo I (Est. III, 2) especialmente —.

Todos los corredores conocidos pueden considerarse *largos*. Únicamente la longitud que da el P. Morán para el de Santa Teresa I — 2,5 m. — podría hacer pensar en un corredor corto, pero es evidente que no se refiere a su medida total (14). También aquí se observa una concentración de las dimensiones en dos grupos, en torno a unos seis metros y a aproximadamente doce metros, que puede obedecer a la circunstancia de si el corredor alcanzaba o no el borde del túmulo (15), mientras que en otros casos — Villarmayor, San Benito de la Valmuza — se observa con claridad como, si bien con losas de escasa altura al final, alcanza el exterior. La realidad de esta disyuntiva deberá no obstante confirmarse mediante la excavación de otros yacimientos. Su diferenciación se efectúa en general tanto en planta como en alzado, si bien en algunas ocasiones la disminución de altura de sus losas es progresiva, siendo las primeras similares a las de la cámara, y en otras el túmulo impide apreciar el alzado del corredor (Est. IV, 3), pues Morán excavó con preferencia exclusivamente las cámaras.

No se ha registrado en ninguna ocasión un corredor claramente compartimentado, ya que en San Benito de la Valmuza (Est. III, 1), habría que confirmar mediante una profunda limpieza que la losa n.º 7 está en su posición original (Est. III, 1). Tampoco se han detectado casos de corredores tapiados para impedir el uso del sepulcro, aunque es evidente que las escasas excavaciones realizadas no permiten asegurar que no haya ocurrido en alguno.

Llama la atención la escasa variación observada en las orientaciones de los corredores. De veintidós casos en que ha podido cuantificarse con precisión, diecisiete presentan declinaciones muy agrupadas,

(14) Morán, C., 1935, p. 10 — o.c. —; Morán, C., 1939, p. 4 — o.c. —; Morán, C., 1940: *Mapa histórico de la provincia de Salamanca*, Imp. Calatrava, Salamanca, p. 9.

(15) Salvo las primeras lajas, el resto de las que formaban el corredor de Galisancho no se apoyaban sobre el suelo natural, sino sobre la primera capa del túmulo. Una disposición similar observó Morán — 1935, p. 59 — en Terradillos.

comprendidas entre los 118° N.M. y los 133° N.M. (16), repitiéndose en siete casos valores muy próximos a 130° N.M. y en otros seis a 120° N.M. (17), lo cual parece implicar la existencia de mecanismos de orientación concretos (18).

La excavación del túmulo de La Ermita, en Galisancho, ha puesto de relieve la existencia de otros elementos estructurales anteriormente no documentados en la región. En efecto, en la zona posterior de la cámara se registró un pozo de boca circular, con 160 cm. de diámetro y 210 cm. de profundidad máxima desde el suelo de la cámara — Est. II, 1 —, de sección bastante simétrica y regular, excavado en el sustrato arcósico de la terraza fluvial, que indudablemente forma parte del sepulcro, si bien la excavación no proporcionó datos que posibiliten discernir si fue abierto en el momento de construir la cámara o, como parece más probable, lo fue en una etapa posterior, aunque aún el megalito estuviera en uso, precisamente para ampliar su capacidad.

Escasos paralelos podemos aducir para este nuevo elemento, ninguno próximo geográficamente. En Asturias se han señalado pozos de menor tamaño en túmulos sin cámara definida, como en Capilluca y en los n.º 16 y 18 de Campiello (19), y otros casos se conocen en Lugo, el País Vasco y fuera de la Península. (20) El más similar que conocemos es el de El Fuerte I, en Vizcaya, con un pozo de un metro de boca y dos de profundidad, en el centro de una cámara carente de corredor; se da además la circunstancia de que el túmulo de El Fuerte integra dos anillos de bloques similares a los de Galisancho (21).

ASPECTOS RELATIVOS A LA CONSTRUCCION: El sistema puesto en práctica para erigir estos monumentos y para conseguir mantener su estabilidad, que evidentemente debe examinarse conjuntamente con las características del túmulo y de la estructura interior, ofrece también elementos inéditos y significativos.

Al excavar el túmulo de Galisancho se observó la existencia de un triple anillo de losas en torno a la cámara y concéntricas con ella (Est. II, 1), el primero de los cuales se cerraba sobre el arranque del corredor, mientras que los dos situados más al exterior lo hacían sobre el eje transversal (42° N aproximadamente) de la cámara. Estos círculos están formados con lajas de materias primas idénticas a las empleadas en la cámara, si bien reposan en el suelo sobre una de sus caras mayores, no verticales como las de aquella. La naturaleza eminentemente constructiva de los tres anillos está fuera de toda duda en el caso de Galisancho. El espacio determinado entre ellos y entre el primero y la cámara, no sólo era estéril, sino que en él proseguía con claridad la disposición en capas alternantes del túmulo, constituido por una sucesión de lechos de material fino apisonado — arcilla, limos y arena — y de guijarros de cuarcita (22). Los anillos de losas se habrían instalado para sujetar los empujes centrífugos de la masa tumular y asegurar la estabilidad del conjunto sepulcral. Dicha función de contención era reforzada mediante un sistema de contrafuertes erigidos en las zonas de inflexión de los círculos sobre la cámara.

(16) Los otros cinco son Prado Nuevo de Salvatierra, 110° N.M.; Rabida II, 138° N.M.; Ermita de la Vega I, 140° N.M. y las orientaciones con problemas para su determinación de Villavieja de Yeltes — 174° N.M. — y Casa del Moro II de Traguntia — 100° N.M. —.

(17) Las orientaciones de los sepulcros de corredor suelen estar comprendidas entre el E y el S, con escasas excepciones. A nivel peninsular se ha observado la frecuencia de una orientación más tendente al E cuanto más hacia el Sur nos encontremos y consiguientemente más hacia el S cuanto más al Norte; en el País Vasco por ejemplo el grueso de estos monumentos presenta orientaciones comprendidas entre los 130° y 180° N. Vid. Apellániz, J.M., 1974: El Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco, *Est. de Arq. Alavesa*, VII; Vivanco, J.J., 1981: Orientación y tipología de las cámaras de los dólmenes de montaña y valle, *Est. de Arq. Alavesa*, X, pp. 67-144.

(18) El recurso a referencias astronómicas en las orientaciones y otras alineaciones de estas construcciones está fuera de duda; véase, entre otros, Heggie, D.C. — ed. —, 1982: *Archaeoastronomy in the Old World*, Cambridge Univ. Press.

(19) De Blas Cortina, M.A., 1983: *La Prehistoria reciente de Asturias* (Est. de Arq. Asturiana, 1), Fund. cuevas y yac. prehist. de Asturias, Oviedo, cf. p. 76 y sgts. Sobre el conjunto de Campiello, Jordá, F.; Domínguez, E. y Aguadé, J. 1972-3: Notas sobre los túmulos de Campiello (Tineo), *Zephyrus* XXIII-XXIV, pp. 131-152.

(20) En el dolmen de cámara poligonal de San Pedro de Buriz, empleado en época campaniforme, según refiere de Blas, o.c., p. 82 y sgts., que relaciona también otros ejemplos extra-peninsulares, de los que merece la pena retener el del sepulcro de corredor galés de Bryn Celli Ddu — con cámara poligonal y *cromlech* periférico —, de menores dimensiones que Galisancho y situado en el centro del túmulo pero fuera de la cámara (Lynch, F., 1969: The Megalithic Tombs of the North Wales, en *Megalithic Enquiries in the West Britain*, pp. 107-148 (cf. 110-112), Liverpool Univ. Press).

(21) Pozos menores en otros dólmenes cortos del País Vasco, en Las Campas W, Diruzulo y Landarbaso. Vid. Apellániz, J.M., 1973: Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional, *Munibe*, sup. n.º 1, cf. pags. 152, 166, 167 y 236-7; Apellániz, J.M., 1975: El grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica, *Munibe*, XXVII, 1-2, cf. p. 101. Debe recordarse también la existencia de cámaras íntegramente excavadas en el sustrato en la necrópolis de Los Millares, precisamente también en túmulos con anillos de refuerzo (Almagro, M. y Arribas, A., 1963: *El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Millares*, (B.P.H.), Madrid).

(22) En los niveles de material fino se registró la presencia esporádica de pequeños fragmentos de cerámica y de esquirlas de sílex, mientras que en los de guijarros no fué infrecuente la aparición de molenderas de granito. En ambos casos se trata claramente de piezas depositadas con el relleno, cuya presencia en él — fundamentalmente las molenderas — debe ponerse en relación con la existencia de algún asentamiento inmediato.

En La Ermita de Galisancho se ha identificado por primera vez una estructura arquitectónica compleja, pero que no es única en nuestra región (23), pues parece existir también en los dólmenes de Linejo, Zafrón y Almeida, dados a conceder por César Morán (24). De estos el caso más claro es el de Linejo, Zafrón está muy destruido y en el caso de Almeida sólo una limpieza profunda de los restos conservados permitiría interpretarlos correctamente. En Linejo (Est. IV, 1) se observan cinco losas de la cámara que sobresalen actualmente en el centro de los restos de túmulo conservados. Dichas losas sugieren una cámara de contorno subcircular con algo más de tres metros de diámetro; se ve también uno de los ortostatos del comienzo de la galería. Además, y fundamentalmente para lo que nos interesa resaltar, se aprecia con claridad la existencia de un segundo círculo en torno a la cámara, a 0,6 m. de ella, que recuerda fuertemente la estructura de Galisancho, si bien aquí este primer anillo está constituido por lasas implantadas verticalmente y sin una nueva excavación que complete la de Morán es imposible tener certidumbre de su función.

Igualmente en el caso de Terradillos nos asaltan dudas respecto a la interpretación de los datos publicados. César Morán (25) halló en su excavación restos en buenas condiciones que atribuyó a la cámara y al corredor, de los que publicó un croquis muy esquemático, en el que se dibuja aquella con un contorno perfectamente circular de más de nueve metros de diámetro — dimensiones que han motivado diversas especulaciones sobre la imposibilidad de cubiertas monolíticas y parantesco con los *tholoi* almerienses, que pueden no ser pertinentes (26) —, pero que a nuestro juicio podría corresponder a un anillo de naturaleza similar a los de Galisancho o Linejo, también en este caso con las losas dispuestas verticalmente, máxime si se valora como verdadera cámara el espacio interior delimitado por cuatro losas registrado por Morán, que lo interpreta como una cista dentro de la cámara, al igual que en otra ocasión respecto a un dolmen de Castraz (27), precisamente la única zona de este megalito que proporcionó elementos de ajuar. Creemos que la reexcavación de aquel monumento estaría plenamente justificada, pues sería la única manera de conocer con seguridad sus características.

El momento inicial de la erección del monumento megalítico está documentado en los casos de Galisancho y La Veguilla, distintos entre sí. En Galisancho se puede apreciar que el suelo sobre el que se apoya el túmulo está constituido por una superficie uniforme lograda al igualar el nivel superior de una terraza fluvial del Tormes, de la que evidentemente se retiró el coluvión que constituía su cobertera edafizada, cuya existencia puede confirmarse actualmente en cualquier otro lugar de la misma terraza. Sobre dicha superficie se trazaría el contorno de la cámara y el comienzo del corredor, abriéndose a continuación fosas individuales para implantar cada losa, sujetadas en aquellas mediante un relleno de tierra que curiosamente — al igual que las capas finas del túmulo — contenía una cantidad apreciable de fragmentos de cerámica y esquirlas de sílex.

El caso de La Veguilla (Est. II, 2) es radicalmente diferente, pues aquí se procedió a excavar el contorno y espacio interior de cámara y corredor en la cobertera de la terraza del Tormes sobre la cual se asienta, hasta una profundidad media de unos cuarenta centímetros, abriendo en la periferia del espacio cavado pequeñas fosas individuales para cada losa, a cuyo equilibrio contribuía el resalte que delimita dicho espacio y una coraza pétreo, que se observa en las zonas no alteradas del túmulo, adosada a aquellas.

El material empleado en la construcción de los túmulos es estrictamente local, como máximo procedente de alguna zona alejada pocos cientos de metros. En el caso de Galisancho los guijarros de cuarcita de tamaños frecuentemente superiores a 25 cm. de eje mayor, proceden sin duda de la llanura de inundación del río, distante unos trescientos metros del mismo yacimiento. Ya nos hemos referido a la procedencia inmediata, aunque dentro de un radio más amplio, de las lanchas y bloques de cámara, anillos y corredor, cuya heterogeneidad y escasa regularidad sugiere especialmente en esta ocasión que fueron escogidos entre los disponibles superficialmente en los flancos del valle del Tormes sin llegar a extraerlos de sus posibles canteras.

En varias estaciones — Galisancho, Pedraza, San Benito de la Valmuza, Torrecilla Malcantada — hemos comprobado la existencia de capas alternantes de material fino y grueso formando el túmulo. Aunque en la mayor parte de los conocidos en la región no es posible observar nada claro al respecto,

(23) En casi todas las zonas megalíticas peninsulares se conocen túmulos que encierran anillos de losas aproximadamente concéntricos con la cámara, por lo que en principio no resulta posible identificar su procedencia cultural. Se han señalado en el País Vasco — ver nota 21 — Asturias, Galicia y Norte de Portugal — véanse en este mismo libro las contribuciones de M.A. de Blas, Rodríguez Casal y Oliveira Jorge —, en el centro de la Península — dólmen de Azután, Toledo, com. pers. de F. Piñon y P. Bueno —, y especialmente en el sur, en la necrópolis de Los Millares — Almagro, M. y Arribas, A., 1963, o.c. pp. 163-164.

(24) Respecto a Linejo véase fundamentalmente Morán, 1935, p. 12; Morán, 1939, pp. 4-5 y Morán, 1946, p. 12. En cuanto a Zafrón, Morán, 1931, pp. 12-13 y 1946, p. 163; para Almeida, Morán, 1935, p. 21 y López Plaza, 1982, pp. 15-16 (Obras citadas en notas 1 y 4).

(25) Vid. Morán 1935, pp. 5-9 y 1946, p. 103, obras cit. nota 1.

(26) G. y V. Leisner, 1956, o.c., p. 31; Leisner, V. y Schubart, H., 1964, p. 54.

(27) Morán, 1931, pp. 36-38 y 1945, pp. 21-22, obras citadas en nota 1.

creemos que éste fue el sistema más empleado. Hay que señalar la presencia de un placado de pizarra sobre las últimas capas de guijarros del túmulo del Prado de la Nava, en Salvatierra de Tormes.

En cuanto al sistema de cubierta, en primer lugar hay que descartar por ahora el empleo de cubiertas monolíticas en la cámara, por la sencilla razón que ningún indicio de ellas se ha reconocido⁽²⁸⁾, cuando precisamente de existir, su tamaño habría favorecido la conservación, al menos cuando el túmulo se conservaba prácticamente completo. Se conocen bastantes ejemplos en los que han permanecido losas atravesadas de lado a lado del corredor formando su cubierta. En Muélledes se observa la existencia de una losa fuera de su sitio, que se apoya sobre las primeras del corredor y una de las de la entrada de la cámara (Est. IV, 2), que por sus dimensiones bien pudo estar ubicada descansando sobre dos losas de la cámara, formando una secante al círculo de la misma y recibiendo — ella y quizás otras similares desaparecidas — el apoyo de losas menores que completarían la cubierta; pero los restos observables son insuficientes para confirmar esta posibilidad. Hay que tener presente la gran uniformidad de alturas que presentan las losas que componen la cámara de Muélledes, lo que no ocurre en casi ninguna otra de la región estudiada.

Mientras que el avanzado estado de destrucción del túmulo de La Veguilla no ofreció dato alguno sobre la naturaleza de la cubierta, en Galisancho se apreciaron elementos que deben valorarse. Aludimos tanto a la presencia de contrafuertes, ya mencionados, como a la gran cantidad de pequeñas lajas de pizarra presentes en el campo interior de la cámara, que no parecen corresponder a losas de grandes proporciones, y que al menos parcialmente proceden de las de la cámara destruidas aparentemente con motivo de las antiguas violaciones a que fue sometido el monumento. No puede descartarse sin embargo que también correspondan a placas de tamaños en torno a un metro cuadrado, que pudieron formar la cubierta de la cámara, no obligatoriamente de falsa cúpula como en Los Millares, puesto que pudo ser plana, sustentada por un armazón de madera⁽²⁹⁾. La altura de los contrafuertes laterales, igual a la de la cámara, sugiere la posibilidad de que se dispusieran precisamente para recibir los empujes de una cubierta como la sospechada, cuya fragilidad sería la primera causa quizás del arruinamiento del túmulo, producido posiblemente ya en época campaniforme.

No se ha registrado la existencia en el suelo de las cámaras de agujeros para implantar postes — ni por Morán ni en las excavaciones recientes — que pudieran relacionarse con la existencia de algún tipo de cubierta, si bien en San Benito de la Valmuza (Est. III, 1, n.º 10) existe fuera de sitio una losa alargada rota recientemente — $(152+X) \times 47 \times 35$ cm. — que bien pudo emplearse como pie derecho en la cámara.

Las características examinadas relativas al aspecto exterior, estructura interna y sistema constructivo de los dólmenes de Salamanca y del sur de Zamora, permiten atisbar la existencia de una amplia variedad de soluciones arquitectónicas, cuya interpretación en términos evolutivos, aunque exista, no es posible realizar aún.

Materiales arqueológicos contenidos en los túmulos

El ajuar de los dólmenes de esta región está constituido en general por los mismos elementos que en otras; sin embargo las investigaciones recientes han aportado también interesantes novedades.

Los conjuntos recuperados por César Morán en sus exploraciones eran en efecto muy limitados, pero posiblemente no correspondían a la entidad real de los acervos arqueológicos que albergaban los megalitos. La excavación del túmulo de La Veguilla (Alba de Tormes), que Morán consideró agotado⁽³⁰⁾, ha proporcionado varias decenas de utensilios de piedra pulimentada, centenares de puntas de flecha y de vasijas, millares de cuentas de collar y otros elementos de adorno. La simple revisión superficial de los túmulos de la provincia de Salamanca publicados por Morán, ha suministrado un número de objetos superior en muchos casos al conocido anteriormente. La entidad del material recuperado en Galisancho tiende a confirmar esta opinión, así como lo conocido de las excavaciones practicadas en los dólmenes de Villarmayor y Coto Alto⁽³¹⁾. Refiriéndonos fundamentalmente a La Veguilla y Galisancho, vamos a ver cuales son las características generales principales de estos conjuntos.

- Piedra pulimentada: está integrado este grupo mayoritariamente por *hachas* pulimentadas de sección rectangular, en parte muy aplanadas y de contorno totalmente rectangular, con filo convexo opuesto

⁽²⁸⁾ V. Leisner y H. Schubart — o.c. p. 54 — admiten la posibilidad de una cubierta monolítica en las cámaras de El Valle y Hurtada, basándose probablemente en referencias verbales que recoge César Morán — 1926, 1931 —, de escasa fiabilidad.

⁽²⁹⁾ Cubiertas vegetales han sido supuestas ya con anterioridad, vid. Delibes *et al.*, 1982: Dólmenes de Sedano. I. El sepulcro de corredor de Ciella, *Not. Arq. H.*^o, 14, pp. 149-160, cf. pp. 170-1.

⁽³⁰⁾ Morán, C., 1939 — o.c. nota 1 — p.7.

⁽³¹⁾ Excavaciones realizadas en Villarmayor durante el año 1971 y en Coto Alto en 1979 y 1980. Los materiales de Villarmayor, aún no publicados científicamente, se conocen por artículos en la prensa local de Salamanca (diario *El Adelanto* del 30 de Mayo de 1971). Algunas características generales de los materiales de Coto Alto conocemos por información personal de la Dr.^a López Plaza — directora de su excavación — y de sus descubridores y primeros prospectores, D. Carlos Piñel y D. José García Martín.

a una extremidad roma que presenta huellas de uso como percutor. Las que poseen sección oval son menos abundantes y prácticamente ausentes las de sección circular. En su elaboración se emplearon rocas estrictamente locales — corneana fundamentalmente —, incluso para aquellas que presentan pulimento intenso en toda su superficie, las frecuentemente denominadas «votivas», lo cual no suele ser la regla, puesto que en la mayoría el pulimento intenso se limita a las zonas útiles.

- Piedra tallada: Hay que diferenciar las piezas elaboradas en sílex, totalmente importado en la zona, y en otras rocas. En sílex se elaboraron las puntas de flecha — foliáceas y romboiadales con pedúnculo y aletas más o menos desarrollados; no se conoce ningún ejemplar de base cóncava —, los microlitos — que en Galisancho y La Veguilla aparecen en una proporción aproximada de 1:5 respecto a las puntas de flecha de retoque bifacial — y diversos utensilios laminares, retocados o no. En ocasiones piezas de tipología similar se elaboraron en cuarzo o en cuarcita, si bien en cantidades limitadas. En sílex hay algunos otros utensilios, como perforadores, elementos de hoz y otras lascas con retoques de acomodación.

En cuarzo es importante destacar la presencia de un número alto de prismas de cristal de roca. El carácter inicialmente utilitario de muchos de ellos está fuera de duda para nosotros, dadas las claras huellas de uso que se aprecian en su extremo apical. Algunos presentan golpes de buril adyacentes en dicho extremo, creando aristas perfectamente funcionales (32). Hay que añadir la presencia de una abundante macroindustria en cuarcita local — lascas y elementos de talla fundamentalmente —, que aparece siempre entre el material de construcción del túmulo y que aparentemente nunca llegó a depositarse como ofrenda en la cámara o el corredor (33).

- Elementos ornamentales: los elementos de collar, cuentas y colgantes, son los objetos más frecuentes en Galisancho y La Veguilla. Las primeras, que sobrepasan los dos millares en cada uno, presentan siluetas variadas — desde discoidales hasta en forma de tonel, pasando por diversas variantes —, bien documentadas en el mundo megalítico occidental (34) y fueron fabricadas en rocas locales — pizarra, calco-esquisto, cuarcita, cuarzo — o en otras de origen más lejano — variscita, talquita, azabache, etc. —, que han sido exhaustivamente identificadas. Entre los colgantes, fabricados en rocas semejantes a las de las cuentas, predominan los triangulares con una o dos perforaciones en la base, existiendo también algunos de volumen tendente a prismático y otros planos de contorno ovalar.

- Otros objetos líticos: además de los mencionados hay que recordar la existencia de molenderas de granito, pero que como la industria de cuarcita forman parte del material constructivo, sin corresponder al ajuar. Importancia mayor posee la presencia en Galisancho de un ídolo cilíndrico y de dos fragmentos de ídolo-placa decorados, que evidencian relaciones culturales entre el megalitismo de esta región y el de las tierras occidentales ibéricas al sur del Sistema Central, y más especialmente con Extremadura y la cultura del Tajo (35). Junto a ellos cabe mencionar la presencia de dos placas triangulares en granito en La Veguilla, cuya naturaleza cultural es más que posible (36).

- Cerámica: la gran riqueza y variedad de la cerámica recuperada en La Veguilla y Galisancho, que aún se encuentra en estudio, nos impide pretender dar más que una somera noticia sobre la misma. Concretamente en La Veguilla ha podido reconstruirse el perfil de aproximadamente doscientas vasijas (37), y el número de las recuperadas en Galisancho es aún mayor. Predominan los perfiles simples esféricos, los abiertos sobre los cerrados, pero no están ausentes vasijas con fondo plano ni con carenas medias o altas. El tamaño es en general medio o pequeño, aunque se ha registrado alguna vasija con más de 50 cm. de altura. La mayoría son lisas, con la superficie exterior ligeramente espatulada y en contados casos bruñida.

(32) A su vez las laminillas desprendidas pudieron también ser aprovechadas para formar utensilios compuestos, pero curiosamente no se ha registrado su presencia en los dos dólmenes que hemos tenido ocasión de excavar. Útiles similares, considerados calcolíticos, fueron señalados por el Prf. Palol en la provincia de Valladolid, vid Palol, P. de, 1965: Hallazgos de Mayorga de Campos, *B.S.A.A.*, 31, p. 116.

(33) La existencia de este tipo de piezas hemos podido comprobarla superficialmente en numerosos túmulos de la región, aunque apenas hay referencias, ni de aquí ni de otras zonas. Entre ellas puede mencionarse el caso del túmulo de Kurtzebide — con una fecha de C14 de 2495 ± 95 a.C. —, en donde el 32% de la industria de sílex obtenida en la excavación son precisamente piezas de talla, interpretadas en esta ocasión como consecuencia del uso y retoque de los artefactos líticos empleados en la construcción (Vegas, J.I. 1981: Túmulo-dólmen de Kurtzebide (Letona), *Est. de Arq. Alavesa*, vol. X, pp. 19-66, cf. p. 63.

(34) Consulte al respecto la exhaustiva obra de Hélène Barge, *Les parures du Néolithique ancien au début de l'âge des métaux au Languedoc*, C.N.R.S., Paris, 1982. Véase también, Enriquez Navascués, J.J., 1982: Los objetos de adorno personal de la Prehistoria de Navarra, *Trab. de Arq. Navarra*, 3, pp. 157-202, Dip. Foral de Navarra.

(35) Debe recordarse la presencia de un fragmento de ídolo-placa en Guadalajara, vid. Osuna, M.: El dólmen del Portillo de las Cortes (Aguilar de Anguita, Guadalajara), *N.A.H.*, Prehistoria-3, pp. 280-1, 1975. Véase también su valoración en Delibes de Castro, G. y otros: Dólmenes de Sedano, *N.A.H.*, 14, 1982, especialmente p. 170 y sgts.

(36) Veanse piezas semejantes en Cura y Morera, M., 1977: Dos nuevas piezas en la tipología lítica del Neolítico final para Catalunya. *Actas del XIV Congr. Nac. de Arq.*, pp. 253-258.

(37) Este trabajo ha sido realizado por D. Nicolás Benet en la elaboración de su Memoria de Licenciatura sobre la cerámica del dólmen de La Veguilla, que junto a las de R. Pérez — sobre los elementos ornamentales — y la de J. Soler — sobre la industria lítica —, será presentada próximamente en la Universidad Complutense de Madrid.

Los motivos decorativos más frecuentes son los triángulos rellenos de puntos impresos — idénticos en Olival da Pega —, las incisiones lineares simples y los meandros escobillados ⁽³⁸⁾. Destaca también la existencia de decoración pintada — trazos lineales simples, frisos de gotas aovadas —, a veces sobre cuencos con engobe rojo que puede considerarse *almagra* ⁽³⁹⁾. Cerámicas pintadas similares hemos reconocido en los ajuares de otros dólmenes excavados por Morán; su búsqueda sistemática y con metodología adecuada las haría sin duda más frecuentes en contextos megalíticos.

Hasta ahora no hemos hecho referencia a los elementos del horizonte campaniforme registrados en los dólmenes zamoranos y salmantinos. Era conocida la presencia de ellos en El Teriñuelo de Aldeavieja — cerámicas campaniformes del grupo Ciempozuelos y puntilladas, junto a dos puntas de tipo Palmela, una lezna, un puñal de lengüeta, una cinta y una plaquita de oro —, Muélledes — un fragmento de campaniforme Ciempozuelos —, El Teriñuelo de Salvatierra — fragmentos de un campaniforme puntillado — y Almeida — un puñal de lengüeta — ⁽⁴⁰⁾, a los que se pueden añadir los fragmentos de campaniforme inciso que superficialmente hemos hallado en los túmulo del Prado de la Nava — Salvatierra de Tormes — y en el de Villasdardo, así como los importantes restos de Coto Alto, inéditos aún ⁽⁴¹⁾ como los de Galisancho y La Veguilla.

El conjunto presumiblemente campaniforme de Galisancho está constituido por restos importantes de al menos dieciséis vasijas, todas ellas — salvo un vaso liso — del grupo Ciempozuelos, una punta de cobre tipo Palmela, una lezna de sección circular, cuatro plaquitas de oro y una cinta bitroncocónica de este metal. En La Veguilla aparecieron restos de varias vasijas del grupo Ciempozuelos — con un tratamiento decorativo diferente al de Galisancho —, dos vasos marítimo-cordados, así como varias piezas de oro, notablemente un torques de paletas claramente encuadrable en el Bronce antiguo atlántico, fechable en el primer cuarto del segundo milenio ⁽⁴²⁾.

Al examinar la presencia de elementos campaniformes en los dólmenes de esta zona, llama la atención su frecuencia y relativa abundancia. En Galisancho, único yacimiento en el que se han podido realizar observaciones precisas, aparecieron, siempre en la zona periférica del túmulo, fuera del campo interior de la cámara o superficialmente en la parte correspondiente al corredor, lo cual indica claramente que este dolmen se encontraba tan arruinado como para no ser practicable por su acceso normal, y ello en un momento que los apliques rectangulares de oro sitúan no más tarde del primer cuarto del segundo milenio ⁽⁴³⁾.

Finalmente debemos referirnos a los escasos restos humanos localizados en estos megalitos. Con excepción del dolmen de Castro Enríquez, en el que aparecieron los correspondientes al menos a cuatro individuos ⁽⁴⁴⁾, no se conocen más que los obtenidos en la excavación de Galisancho, casi todos ellos en principio procedentes de las intrusiones campaniformes. Esta escasez contrasta con la riqueza de los ajuares ⁽⁴⁵⁾; aunque para explicar el desajuste podría recurrirse a la agresiva acidez del terreno, que habría destruido la materia orgánica — lo cual a la vez justificaría la ausencia de piezas de hueso en el ajuar —, en cuyo caso no se comprende bien como se han conservado los de época campaniforme. Sería conveniente poseer más datos sobre los rituales del depósito de los cadáveres y no olvidar la existencia de algunos fragmentos de hueso humano *cremados*, así como otras evidencias e efectos del fuego, aún demasiado reducidas para intentar valorarlas ⁽⁴⁶⁾.

⁽³⁸⁾ Paralelos claros existen en cerámicas precampaniformes de los poblados calcolíticos del Sistema Central (López Plaza, S.: *Materiales de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo (Avila)*, *Zephyrus* XXV, pp. 121-143, Salamanca, 1974) y de la propia Meseta, como Las Pozas de Casaseca de las Chanas o el Cerro del Ahorcado en Madridanos, entre otros (Martín Valls, R. y Delibes de Castro, G.: *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora*, (II y III), *B.S.A.A.*, XL-XLI, p. 451, 1975 y XLII, pp. 422-425, 1976).

⁽³⁹⁾ Aunque hasta ahora en corto número, las cerámicas pintadas han sido repetidamente señaladas en los poblados calcolíticos del sur de Salamanca y Avila, asociadas con otros elementos propios de la cultura del Tajo. *Vid.* López Plaza, S.: «Comienzos del Eneolítico protourbano en el S.O. de la Meseta Norte». Univ. de Salamanca, 1978, cf. pp. 14-15. A ellas pueden añadirse las de los poblados aún inéditos del Cerro de San Pelayo — trazos lineales y El Chorrillo de Valdesagil — friso de ovas en el borde, en un cuenco con *almagra* —, conservadas en el Musco de Salamanca, que junto a las de los poblados anteriores son muestras patente de su conexión con el megalitismo del llano salmantino y zamorano.

⁽⁴⁰⁾ Delibes de Castro, G.: *El vaso campaniforme en la Meseta norte española*, Univ. de Valladolid, 1977.

⁽⁴¹⁾ A ellos se alude en López Plaza, S., 1978: *Comienzos del Eneolítico protourbano en el S.O. de la Meseta Norte*, Resumen Tesis doctoral, cf. p. 19. Universidad de Salamanca.

⁽⁴²⁾ Ruiz Gálvez, M.: El Bronce antiguo en la fachada atlántica peninsular. *Trabajos de Prehistoria*, vol. 36, pp. 151-152, Madrid, 1979. Eluère, C., 1982: *Les ors préhistoriques*, Picard.

⁽⁴³⁾ Eluère, C., o.c., cf. pp. 128-9.

⁽⁴⁴⁾ Morán, 1926, pp. 20-21 y 1931, pp. 42-51, o.c. en notas 11 y 1.

⁽⁴⁵⁾ La correlación entre inhumados y riqueza del ajuar no se constata en el País Vasco, si bien de manera justamente contraria a la que nos ocupa (Apellániz, J.M., 1975, o.c., p. 381 y sgts.).

⁽⁴⁶⁾ En el fondo de la cámara de Galisancho se observó la abundancia de minúsculos fragmentos de carbón, vistos también en otros megalitos y comúnmente interpretados como producto de fuegos, bien rituales o necesarios para el desbroce del terreno en el momento de iniciar la construcción, o también relacionados con la iluminación de la cámara en cada visita, los cuales pudieron provocar la combustión de cualquier materia orgánica presente, incluso en la cubierta. *Vid.* Savory, H.N., 1974 (1968 1.ª ed.): *Espanha e Portugal*, Ed. Verbo, Lisboa, cf. p. 90; Apellániz, 1975 — o.c. en nota 21 —, p. 380; Delibes *et al.*, 1982 — o.c. en nota 29 —, p. 157.

RECAPITULACIÓN FINAL

Los datos conocidos acerca de las manifestaciones megalíticas en este sector de la Submeseta norte son aún insuficientes para elaborar una interpretación global, tanto del fenómeno en sí como, lo que es más importante, en el marco cultural en que se integraba. Los datos consignados en las publicaciones antiguas poseen una escasa representatividad y su interés es muy limitado.

Las diferencias documentadas, tanto en las arquitecturas como en los ajuares, parecen traducir la existencia de una evolución temporal probablemente no lejana de la experimentada en territorios inmediatos. Para las primeras etapas megalíticas en las penillanuras de Salamanca y Zamora, fechas como las registradas en la inmediata Beira Alta, ⁽⁴⁷⁾ deben retenerse como potencialmente significativas, teniendo además en cuenta que aunque se refieran a un momento antiguo, quizás no fechan el estrictamente inicial. La existencia de ajuares arcaicos en algunos túmulos de la región que consideramos constituidos por microlitos geométricos sin puntas foliáceas, cuencos con decoración pintada sobre almagra — además de otras cerámicas lisas — y cuentas de collar exclusivamente discoidales ⁽⁴⁸⁾, inclinan a considerar la existencia de una etapa de similar cronología también en la Submeseta norte. La estructura documentada en Galisancho parece corresponder sin embargo a una etapa más tardía — postdatada por las intrusiones campaniformes —, que provisionalmente cabe situar en los últimos siglos del tercer milenio, si se acepta como significativo su paralelismo con Los Millares.

Los arruinamientos y los saqueos ⁽⁴⁹⁾ que han sufrido estos monumentos han impedido hasta ahora lograr aislar conjuntos y conseguir datos estratigráficos que permitan calibrar con precisión los elementos cronológicos, fundamentales también para valorar las influencias recibidas de otras zonas.

Determinados componentes de los ajuares estudiados — cerámicas con almagra, ídolo cilindro, algunas cerámicas decoradas — son claro indicio de las influencias recibidas desde Extremadura, Beira Baja y la región portuguesa del Tajo, cuyos efectos se reflejan igualmente en Beira Alta e indudablemente alcanzaron también otros territorios más al sur, dentro del occidente peninsular. Incluso parecen manifestarse influencias del S.E., como hemos señalado aunque por el momento no esté clara la ruta que puedan haber seguido.

Por el contrario con el mundo megalítico más septentrional de la Península se acusan semejanzas menores, a pesar de algunas coincidencias antes mencionadas ⁽⁵⁰⁾. Especialmente los ajuares, incluso las manifestaciones artísticas ⁽⁵¹⁾, parecen corresponder a un ambiente cultural diferente. En este juicio no pueden englobarse muchos sepulcros burgaleses de Las Loras y otros del Alto Ebro, que presentan un notable paralelismo arquitectónico con los salmantinos, para cuya valoración debe tenerse presente la existencia de túmulos dolménicos diseminados por Valladolid y quizás el sur de Burgos ⁽⁵²⁾, los cuales podrían constituir el eslabón de enlace.

⁽⁴⁷⁾ Dataciones en torno al 3000 a.C. han sido obtenidas — C 14 sin calibrar — tanto en sepulcros de corredor con ajuares arcaicos del distrito de Guarda, Carapito I, como en Orca dos Castaneiros y Orca das Seixas, en el de Viseu (V. Oliveira Jorge, 1982: *Le mégalithisme du Nord du Portugal: un premier bilan*, *Bull. Soc. Prh. Frc.*, 79-1, pp. 15-22; Leisner, V. y Ribeiro, L., 1968: *Die Dolmen von Carapito*, *Madrider Mitteilungen*, 9, pp. 11-63; Vogel, J.C. y Waterbolk, H.T., 1964: *Groningen Radiocarbon Dates*, VII; *Radiocarbón*, 9, pp. 132-133).

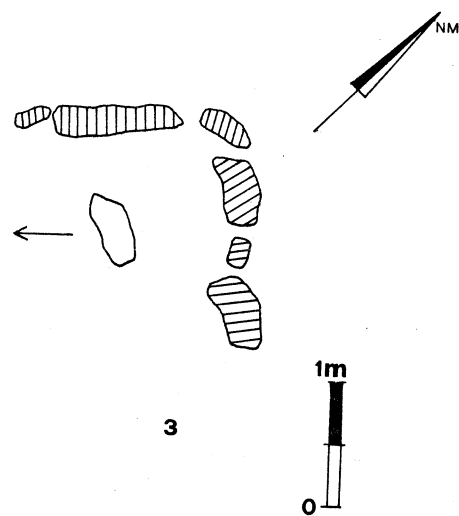
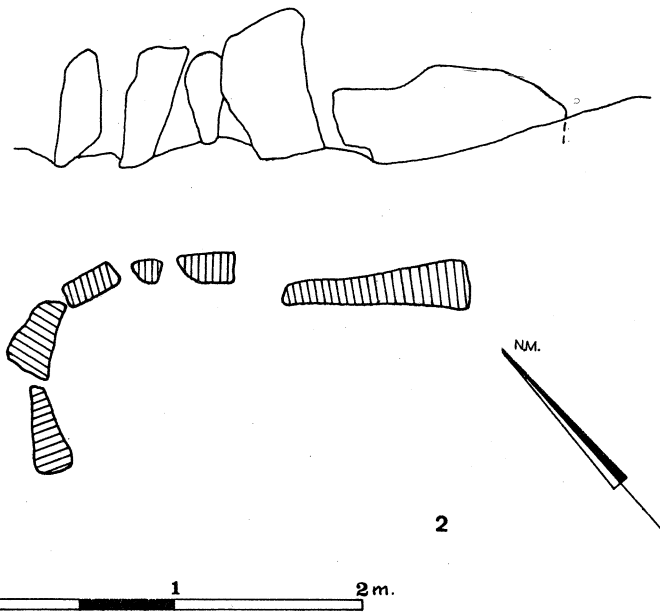
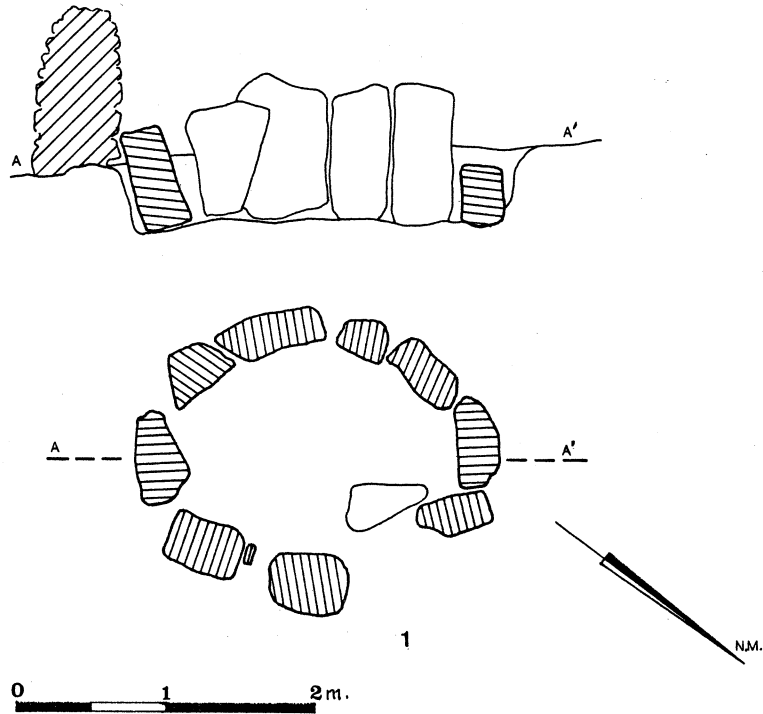
⁽⁴⁸⁾ Este es el caso de un túmulo excavado recientemente en La Mata de Ledesma bajo la dirección del prf. Jordá Cerdá, a quien agradecemos la información que nos ha facilitado. Hay que recordar la presencia de vasijas similares en La Veguilla y en el poblado fundamentalmente calcolítico de El Chorrillo, Valdesangil; estas cerámicas, conocidas en Reguengos y en los megalitos considerados más arcaicos de la Cultura del Tajo se ponen a veces en relación con las especies similares registradas en Zuheros y en el Neolítico avanzado andaluz — Savory, 1974, o.c., p. 101; Savory, H.N., 1975: *The role of the Upper Duero and Ebro basins in megalithic diffusion*, *B.S.A.A.*, XL:XXI, pp. 159-174, Valladolid —, pero por lo que vamos conociendo además de existir en los poblados calcolíticos serranos, podrían perdurar hasta momentos posteriores, especialmente las especies pintadas con trazos lineales; Apellániz, 1974, o.c., p. 229-30, señala su presencia en el Eneolítico II de Los Husos, datado radiométricamente en 1970 a.C.. Precisamente en Los Husos, o.c., p. 196-7, las cuentas discoidales planas son también las primeras que aparecen.

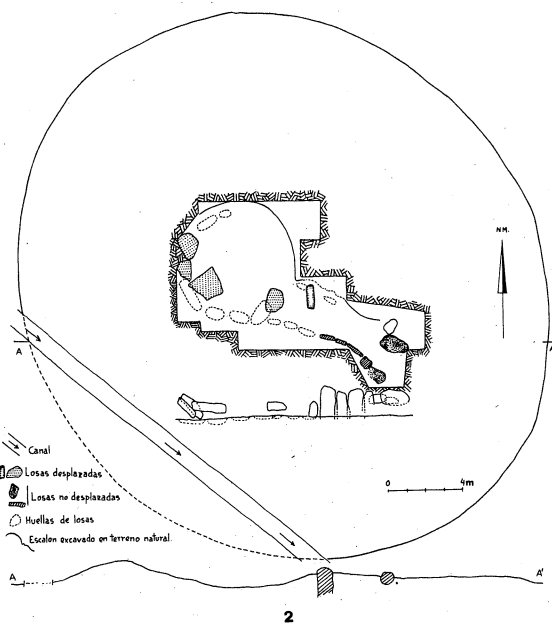
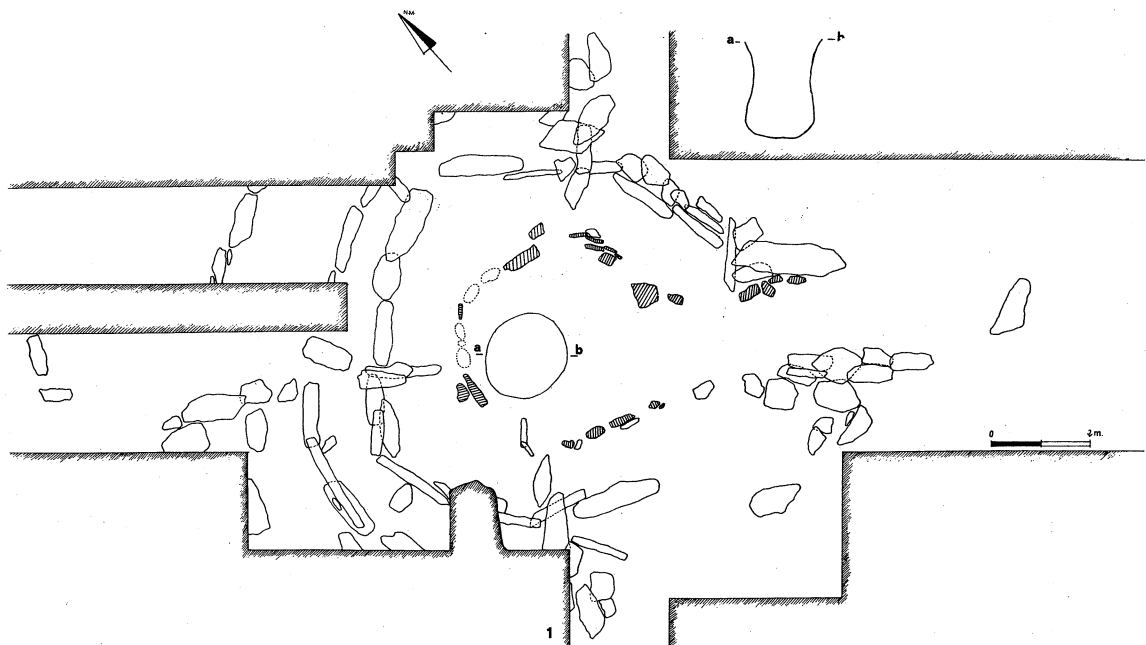
⁽⁴⁹⁾ Es notoria la presencia de restos de época tardorromana en muchos megalitos salmantinos, incluso a considerable profundidad en el caso de Galisancho y La Veguilla. A nuestro juicio estos indicios no significan que se violentaran los sepulcros sistemáticamente en dicha época, sino más bien que el privilegiado emplazamiento de los túmulos en los fondos de valle propició la edificación sobre ellos de cabañas rústicas, quizá de pastores, en dicho momento, lo cual explicaría la frecuencia de fragmentos de *tégula* en los túmulos. Los saqueos — que parecen afectar a todos los conocidos — debieron de producirse en momentos muy posteriores y quizá las monedas del siglo XVII aparecidas en La Veguilla constituyan un indicio valioso para situarlos cronológicamente.

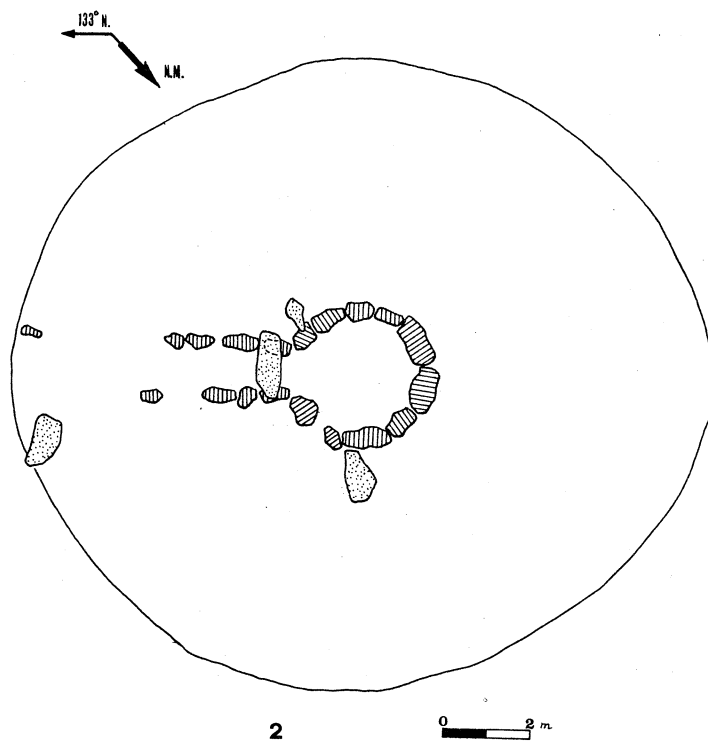
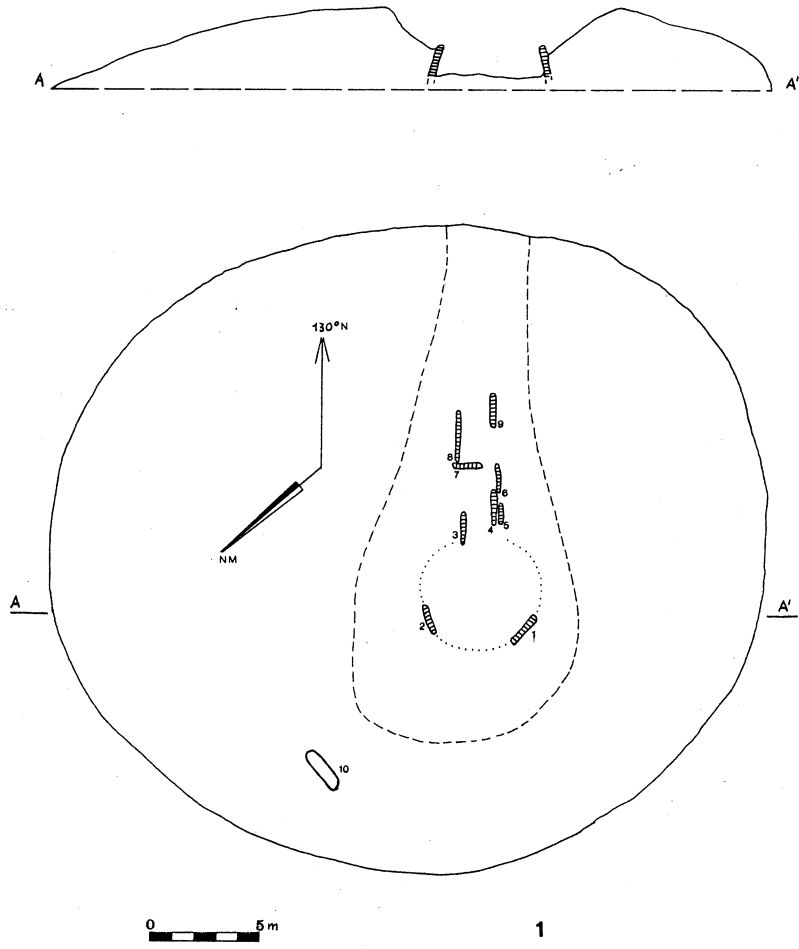
⁽⁵⁰⁾ A propósito del megalitismo del norte de Portugal recuerdese el enrarecimiento del fenómeno en el sector oriental, en el distrito de Bragança, continuando por el vacío del centro de la provincia de Zamora — *vid.* Oliveira Jorge, 1982, o.c. y en este libro —.

⁽⁵¹⁾ En los megalitos salmantinos solamente se han registrado cazoletas, a veces en número elevado y asociadas como en San Benito de la Valmuza, pero ningún otro motivo grabado, fuera de un bitriangular en una losa aislada posiblemente dolménica, y ausencia total de pinturas.

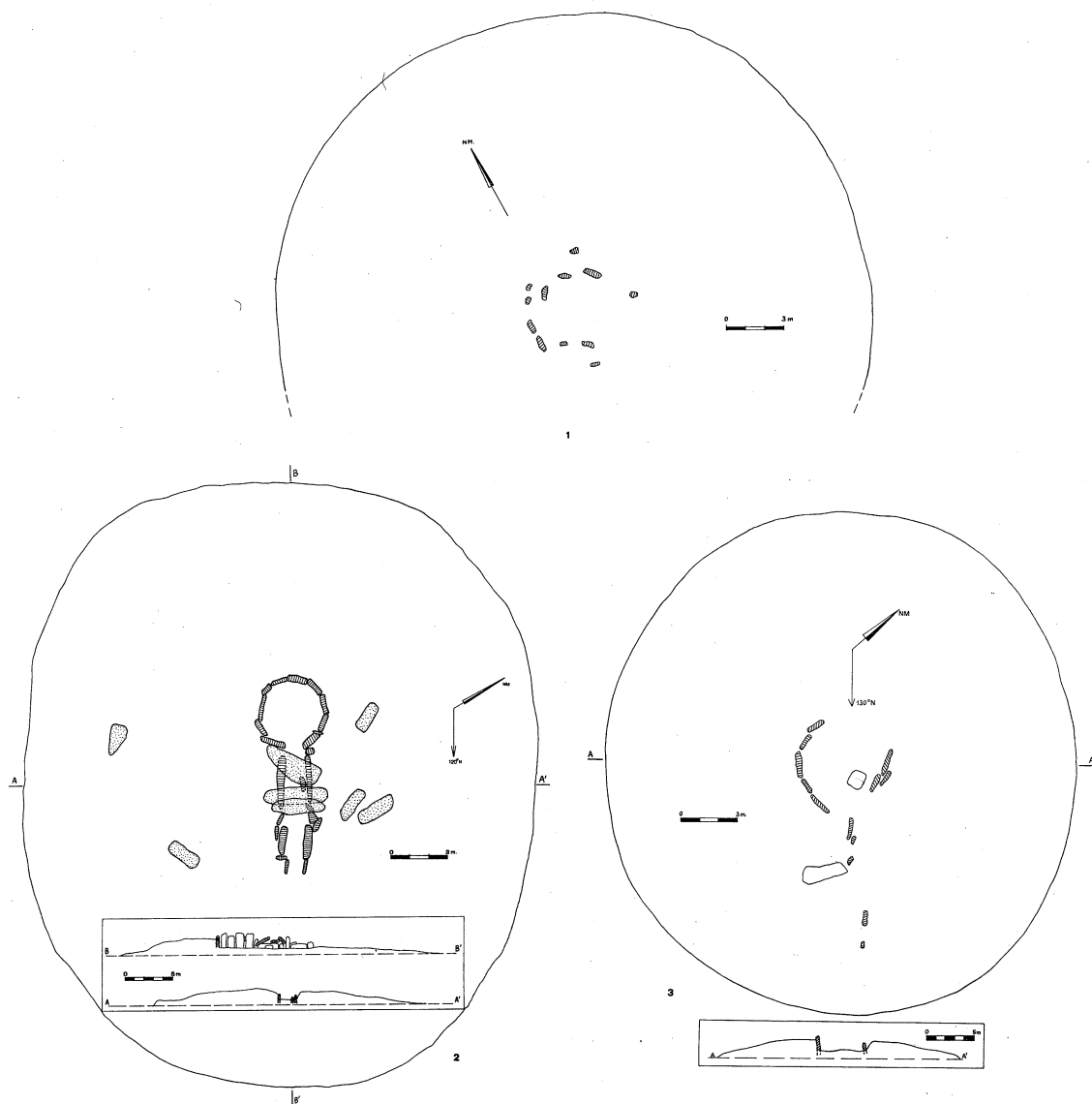
⁽⁵²⁾ *Vid.* Delibes, *et al.*, 1982, o.c., p. 171; Apellániz, J.M., 1974, o.c., p. 366. En relación con los sepulcros de corredor de Porquera de Butrón y Cubillejo de Lara, *vid.* Osaba, B. *et al.*, 1971: *El dólmen de Porquera de Butrón en la provincia de Burgos y El dólmen de Cubillejo de Lara de los Infantes (Burgos)*, en *Not. Arq. H.º*, XV, pp. 108 y 109-124.







Est. III — Plantas del estado actual de los túmulos dolménicos de San Benito de La Valmuza (1) y Castillejo I (2).



Est. IV — Estado actual de los túmulos dolménicos de Linejo (1), Muélledes (2) y Prado de la Nava (3), el lavado continuo que someten a este último las aguas del embalse de Santa Teresa, que periódicamente le dejan emerger, ha puesto al descubierto nuevas losas en la zona distal del corredor que no figuraban en los conocidos con anterioridad.